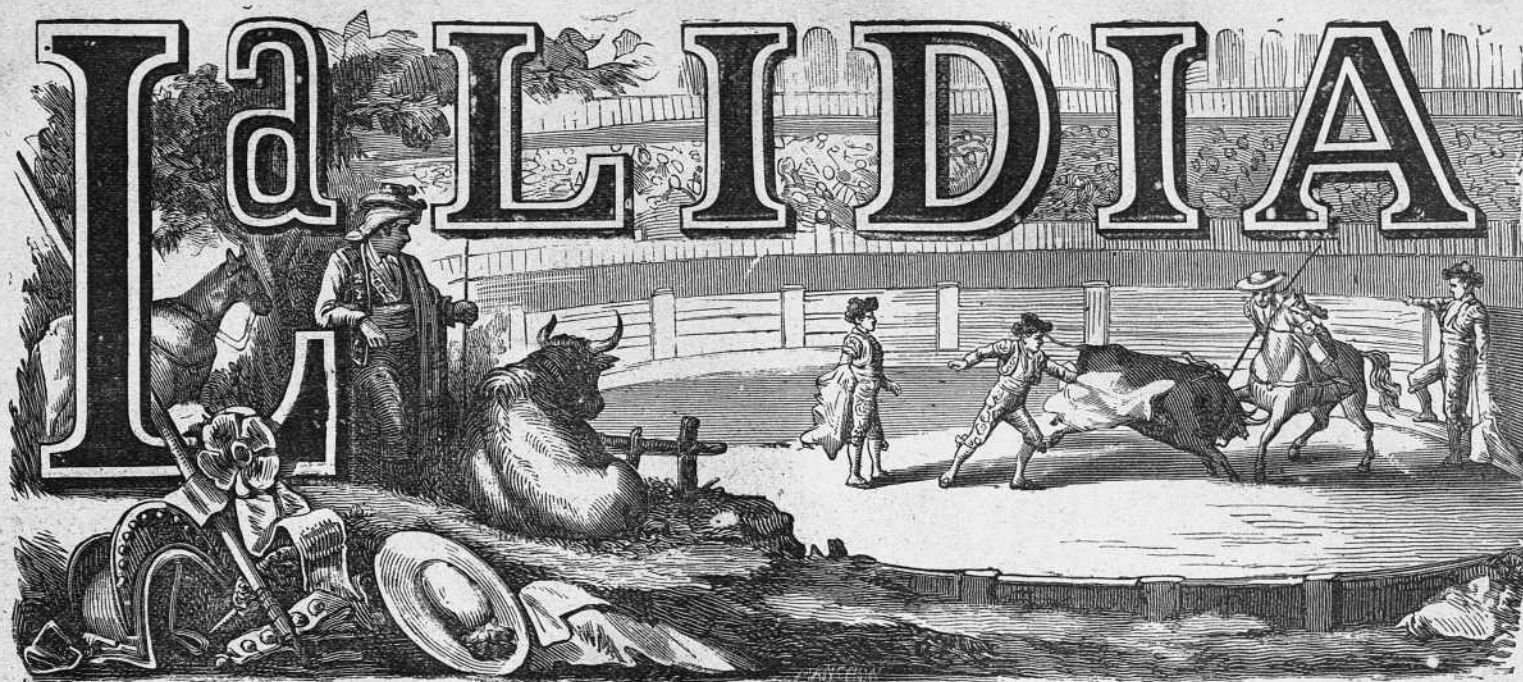


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas 2,50
 25 íd. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Los puristas, por D. J. Sánchez de Neira.—*Capotazos*, por D. Cándido.—*Recortes*, por D. Mariano del Todo y Herrero.—*Variaciones*, por J. S. N.

LOS PURISTAS

Hay tal empeño, en los modernos tiempos, de querer hallar faltas en todo, de señalar los puntos sobre las íes y de exagerar los pequeños defectos, cuando hay alguno, en cualquier cosa ó asunto, que no parece sino que habiendo llegado ya en todo á la perfección, no podemos tolerar el más insignificante descuido en el menor detalle, ni el más ligero olvido de las que algunos suponen prácticas puras y clásicas costumbres.

En tauromaquia, sobre todo, se aquilata de tal modo la perfecta ejecución de una suerte, se exige con tan insistente afán la consumación acabada de otras, que rara vez se las encuentra bien ejecutadas, á no ser por el partidario decidido del que las haya practicado, que entonces por mal que hayan sido hechas las encontrará siempre de mérito sublime é inimitables.

Hay más: no se concretan los *puristas*, que así se llaman ellos propios, á criticar los actos de los toreros pidiéndoles más de lo que pueden ejecutar, sin tener en cuenta las condiciones de los toros, ni la gran exposición que constantemente les rodea durante la lidia, sino que extienden sus censuras hasta el punto de considerar reo de inobservancia de las buenas prácticas taurinas, al que les parece se aparta de las que más en uso que otras constantes, aunque interrumpidas, se ven por lo mismo con menos frecuencia; y claman contra los toreros que, en uso de su derecho y sin menoscabar su categoría, suponen que la rebajan en determinadas ocasiones. No ha mucho oímos á cierto *purista* echar pestes contra los lidiadores de toros que no tienen reparo en trabajar (siendo matadores de alternativa ó banderilleros y picadores de nombre bien adquirido en corridas *formales*), en divisiones de plaza y hasta en corridas de novillos, para lidiar en ellas toros de puntas. Eso es rebajar la gerarquía en que se han colocado, es descender á un punto del que no debieron subir, decía enfurecido. ¡Bueno sería que Lagartijo y Frascuelo se pusiesen á matar toros

en plaza partida, ó que estoqueasen antes de que se corriesen como fin de fiesta media docena de moruchos!

Poco á poco, decimos nosotros. Una cosa es que el tiempo vaya modificando las costumbres hasta el punto de que hoy no parezca bien lo que ayer era corriente, y otra que por seguir la marcha consuetudinaria iniciada y observada desde lo antiguo, quiera tomarse como apoyo para estimar rebajada la dignidad en el arte. A primera vista parece, efectivamente, que si los célebres matadores que en la actualidad llevan en sus manos la bandera de la tauromaquia, tomasen parte en una función de toros después de la cual, y como remate de ella, se corriesen novillos, su alto nombre se creería empañado y sus adeptos se opondrían á ello tenazmente; pero bien mirado, no hay razón que tal aconsejase.

Prescindiendo de traer á cuento á los actores de teatro, que más de una vez han cambiado el alto coturno de la tragedia por la plebeya alpargata del sainete, sin que se haya ocurrido á nadie ni á ellos que se rebajaban de modo alguno, relataremos algunos casos en que célebres diestros han lucido su habilidad en la misma función que otros novilleros demostraban su ineptitud. No sabemos si Pedro Romero, Joaquín Rodríguez (Costillares) y José Delgado Illo eran mejores toreros y matadores que los de hoy; tampoco queremos entrar en comparaciones de éstos con los que ya hemos conocido Francisco Montes, Roque Miranda y algún otro; buenos eran y son todos, según la pública voz, pero no se negará que aquellos, *los que fueron*, tuvieron en su época tanto prestigio y después más fama que los actuales.

Pues bien: Costillares y Pepe Illo estoquearon toros en Madrid el día 10 de Noviembre de 1777 en una función en que no sólo hubo novillos embolados, sino picador á pie, y hasta mojiganga con dominguillos. Los célebres varilargueros Juan Ortega y Francisco Ximénez picaron, y el renombrado Francisco Herrera (el Curro) toreó en unión de aquellos, sin que les viniera á las mientes que perdían su gerarquía.

Romero y Costillares, en 1789, trabajaron en otra corrida á favor de los PP. Agonizantes de Madrid, que concluyó con novillos embolados y fuegos artificiales.

Lo mismo hicieron en otras varias, alguna de las que tuvo como complemento un divertimento de volatines.

Roque Miranda, siendo ya matador de al-

ternativa, mató en Madrid un toro enano extremeño, verdadero fenómeno, según una lámina que conservamos y en que no se expresa fecha, aunque debió ser antes de 1828. El mismo en una función á beneficio de su hermano, picó, banderilleó y mató dos toros, lidiándose después novillos: y otro tanto hizo el célebre picador Francisco Sevilla, sin perder por eso ninguno su puesto ni preeminencia.

¿Qué más? El mismo Francisco Montes, que en cuanto á dar lustre á la clase no ha habido quien le aventaje, no desdeñó presentarse en el redondel durante una temporada de 1836, para no matar, ni banderillar, ni contraer obligación alguna, sino para hacer bulto, que dirían hoy los puristas, y era ya entonces el más privilegiado matador de alternativa que se conocía. Bien puede apostarse que ahora no se conformarían con ese papel ni aun los espadas de segundo orden.

Y Francisco Arjona (Cúchares), con toda su celebridad, estoqueó toros en 1855 en Madrid y otras plazas, cuando los famosos pegadores portugueses vinieron á las órdenes del empresario Alegría á correr y sujetar toros embolados, y capeó y los preparó para la ejecución de las suertes de su invención.

Muchísimos casos, además de esos, podrían citarse en que matadores de primera han toreado en plaza partida, en funciones variadas con novillos y hasta en becerradas, sin que á ninguno «se le haya caído la venera» ni le hayan disputado puesto, categoría ni respeto.

Lo que rebaja en ese concepto al matador es lidiar toros de menos de cuatro años, torear embolados, ceder su antigüedad en la alternativa, y ponerse á las órdenes de otro; que funcionar en corridas donde *otros* lidien moruchos, hagan volatines ó suban en globo, puede tenerle sin cuidado en su reputación, puesto que son actos que él no ejecuta, y nadie responde más que de lo que por sí mismo hace, bueno ó malo.

Si el *estiramiento* de los toreros es mayor cada vez, si sus pretensiones van en aumento, no hay que achacarlo á su vanidad, á su mérito ni á culpa suya.

Tiéndenla los que todo lo exageran.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.



II. Perea

Capotazos

A pesar de haberse inaugurado la segunda temporada y notarse alguna más animación en determinados círculos taurinos, no han abundado en ellos noticias de gran interés.

Hablóse preferentemente del escándalo ocurrido en la corrida del domingo anterior. Aunque algo indicamos nosotros en la revista, la falta de espacio nos impidió extendernos en algunas consideraciones sobre el asunto. Pero el rumor recogido y puesto en duda á la vez, fundadamente, por un periódico de gran circulación sobre imposición de una fuerte multa á Lagartijo, como director de lidia, bien merece que digamos cuatro palabras respecto á la situación en que colocan á ciertos factores principales los caprichos de la concurrencia.

El presidir una corrida de toros es cosa que no entraña grandes dificultades. Con un ligero saludo al Reglamento y dejarse llevar de las insinuaciones del público (del público sensato), que en general ve y sabe más de toros que la presidencia, se sale del paso agradablemente. Pero, ¿y cuándo en ese público abundan las individualidades ignorantes, y por tanto atrevidas, hasta el punto de imponerse, ó pretenderlo por lo menos, á la mayoría y á la autoridad? Pues entonces es cuando ésta debe hacer uso de sus atribuciones sobre ese contingente levantisco, contrarrestando, no solo sus infundadas pretensiones, sino los actos de salvajismo á que se entrega sin reflexión ni motivo, llegando si es preciso, hasta desalojar las localidades en estas circunstancias ocupadas, toda vez que además de la fuerza material con que para ello cuenta, tendrá de su parte al resto del concurso comedido y prudente.

Si, como en el caso que nos ocupa, el toro es de lidia, debe lidiarse; si no entra á varas, condénesele á fuego, y si los espectadores exigentes impiden el juego de las suertes con sus excesos, retírese la cuadrilla del redondel, abandone su sitial la Presidencia, y de lo demás que se encargue quien deba.

Porque á un torero se le podrá obligar á que en cumplimiento de su profesión muera en las astas de un toro, pero á que le abran la cabeza de un botellazo, de ninguna de las maneras. Y bajo este punto de vista el director de plaza que retira la gente al callejón, no sólo no es acreedor á que se le imponga multa grande ó pequeña, sino que obra perfectísimamente.

Así como tampoco se extralimita cediendo un toro que se le obliga á matar por causa poco justificada. Si por condescendencias ó debilidades cumple un espada despachando un bicho, y otro se encuentra con tres, ¿es censurable la cesión del último al sobresaliente? Si nos demostrasen que sí, confesaríamos que nos habíamos equivocado al suponer lo contrario.

Y de lo expuesto deducimos que el Presidente, en la 15.^a corrida de abono, obró cuerdamente mandando fuego al sexto toro; que no estuvo acertado al mandar al corral y pensando (si es que lo pensó), imponer una multa á Lagartijo, y que éste se mantuvo en este incidente y sus resultados dentro de sus atribuciones.

El simpático y desgraciado banderillero Rafael Sánchez (el Bebe), continúa mejorando de la herida que le ha invalidado para el toreo.

Parece ser que se proyectan algunas corridas para su beneficio, las cuales revestirán algunos alicientes más de los acostumbrados, con objeto de que los rendimientos sean más cuantiosos y contribuyan á hacer más llevadera su aflictiva situación.

Por nuestra parte, y como ofrecimos á nuestros lectores, publicaremos en el próximo número un notable retrato del joven diestro cordobés, que termina en estos momentos el reputado Daniel Perea.

La tauromaquia femenina se va propagando de una manera lamentable, y decimos lamentable, porque todo lo que tienda á sacar las cosas de su quicio no puede dar buen resultado.

Ya tenemos en campaña toreando por esas plazas á la Lagartija, la Frascuela, la Mazzantini, la Guerrita, la Corredera y otras no menos distinguidas toreras.

Por más que las mujeres vayan invadiendo la esfera de acción del sexo fuerte, hay ejercicios que por éste pueden practicarse, y aun así y con tantas fatigas y los apuros que pasarán esas baratas para ponerse delante de un toro.

Y luego que ¿cómo justificarán que pertenecen al bello sexo, cuando á fuerza de porrazos y revolcones se presenten con las narices aplastadas, partidos los labios, cicatrizada la fisonomía y lisiadas ó inútiles de casi todos los remos?

Damos gracias á nuestro estimado colega *El Toreo Cómico* por su atención al remitirnos un ejemplar del retrato que recientemente ha publicado del diestro Rafael Molina Lagartijo.

Lo correcto del dibujo, debido al lápiz del acreditado artista Sr. Redondo, y la circunstancia de estar esmeradamente litografiado á dos tintas en buen papel de un metro de largo, hacen muy recomendable su adquisición, tanto más cuanto que nuestro colega lo ha puesto á la venta al reducido precio de una peseta.

DON CÁNDIDO.

RECORTES

I

He visto en un obrador á Rita y Paz, dos morenas que convidan al amor; Blanca y Sol, dos rubias... buenas; Luz, trigueña superior y Ana, de pelo rizado, que es (me lo han asegurado,) una moza de provecho; las demás, son de desecho y estas seis.... *el apartado.*

II

La esposa de Juan Machucho que es una excelente chica, bien el precepto practica de multiplicarse mucho.

Y su cuñado, un torero bromista por excelencia, suele decir con frecuencia:

—Mi cuñada es un *chiquero.*

M. DEL TODO Y HERRERO.

VARIEDADES

Don Jesús, honrado padre de familia, es uno de los amigos á quienes más quiero; no por su manía, que manía es, á no dudarlo, la de almacenar objetos de tauromaquia de todas clases, sino porque su entendimiento claro y su nobleza de corazón llevan tras de sí á las gentes. No puede hablarse con él más de media hora sin que saque á relucir, de cualquier manera, ó por algún incidente, las corridas de toros y cuanto de ellas se derivan; y si alguien tiene la suerte de encontrar entre sus papeles ó en los de la tienda del especiero ó bollero de la esquinilla un cartel de toros, un programa, un periódico en que se dé cuenta de una corrida, y se le regala á mi buen amigo, la alegría de éste se manifiesta en el instante, y su agradecimiento es tan seguro como duradero. No hay para él alhaja más preciada que un libro de tauromaquia, ó que, tratando de otro asunto, haga referencia á las lidias de toros; una lámina antigua, una pintura que representa alguna escena del arte, son para él joyas inestimables, y hasta tal punto lleva su afán de coleccionar, que conserva cuidadosamente encarpétados autógrafos de toreros, de aficionados célebres, de ganaderos, etc. Sólomente una especie de objetos no ha entrado nunca en su histórico museo: las cabezas de toro. ¿Por qué? No lo sé: tal vez sea la causa la del temor de ver cerca los cuernos, contentándose con verlos *pintados*, y nada más; pero en cambio, conserva escrita y sabe al dedillo la historia de los más célebres, la de la ganadería á que pertenecieron y hasta la de los toreros que los lidiaron.

Es, pues, mi amigo mal comparado, y no quiero con esto ofenderle, un D. Quijote en cuanto á la tauromaquia se refiere, cuerdo, justo, amable y leal en todos los actos de su vida; pero á semejanza del héroe de Cervantes, que perdía la chaveta tratándose de libros de caballería, él la pierde también hablando del arte de Montes y de Pepe-Illo, en cuyos secretos está más iniciado que todos los profesores del mismo. No se contenta con saber cómo se hacen las suertes, quiere escudriñar, hasta la razón que hay para ejecutarlas, y estudia libros y consulta láminas, y lee romances y preceptos á

que da mayor autoridad, cuanta más antigüedad ostentan.

Díjole un día otro amigo, viendo la habitación que en su casa tenía destinada á libros, papeles, albums, cuadros y objetos de tauromaquia, ¿no te ocurre, querido Jesús, la burla ó al menos la crítica que de tí pueden hacer los antitaurófilos? ¿No comprendes que podrán reirse ó considerarte monomaniaco, al contemplar por todos lados de este cuarto retratos de toros, de toreros, de suertes de la lidia, divisas, rejones, libros de tauromaquia que parece chorrean sangre, porque has tenido el capricho de encuadernarlos todos con forros color de grana?

¿Y qué?—contestó mi amigo:—¿á quién ofendo? Mucho me guardaré yo de burlarme del Marqués de P... que, como sabes, tiene gran gusto en manifestar á los que visitan su casa, el salón de cerámica donde desde el suelo al techo, tiene llenas las paredes de platos, jarros, vacías de afeitarse y hasta esos cacharros que sólo tienen uso *excusado*: nada diré tampoco de Mateo Patanga que se ha gastado un dineral en amueblar su casa á la antigua, llenándola de mesas y papeleras viejas, de incómodas sillas con asientos de madera, de lámparas de hechura de velón, y de trapos viejos que llama tapices: y respeto como se merece el gusto de Joaquínillo, que posee un arsenal donde se encuentran arcabuces, alabardas, puñales, pistolas, espadas, sables, fusiles, escopetas y no sé si cañones pedreros, obuses y culebrinas. ¿Por qué no han de respetar los demás mi gusto? ¿Por qué aquello *dicen* que denota más artística elegancia? Válgate Dios por el buen tono y por la moda. Yo puedo explicarte, como bien sabes, la historia, la importancia, el uso y el mérito de cuanto aquí ves: y en cambio el Marqués, Mateo y Joaquínillo, ignoran para qué se hicieron, cuándo y por quién los cacharros, muebles y armas que poseen, con la circunstancia, este último además, de ser manco, y el primero ciego de nacimiento. Algún día, aunque yo no lo conozca, valdrá algo esto, y entretanto diré, como seguramente diría en igual caso mi respetable amigo el Doctor Thebassem, de quien hay mucho que aprender, «hago eso porque me da la gana;» á nadie perjudico...

¡A Dios con mil santos! Ya desvarías, pobre Jesús. Hablemos de otra cosa—dijo el interpelante. No señor; quiero que me oigas.

Si el aficionado á la numismática se entusiasma y con razón, al hallar una moneda antigua que le ayuda á investigar si el rey Wamba sucedió á Recesvinto; si el que encuentra un maravedí de oro, de que hay raros ejemplares, guarda aquél con más cuidado que los títulos de propiedad de la finca que constituyó su patrimonio: si el que obtiene alhajas ó objetos antiguos, tiene placer inmenso en ostentarlas, sobre todo si por su *anciandad*, por su estructura, por su origen ó otra circunstancia, son dignas de llamar la atención; si todos estos coleccionistas son dignos de censura ó al menos de crítica, indudablemente lo es también el que lo es de objetos taurómicos, sino... iguálesele á aquéllos; que todas las cosas, todos los muebles y objetos que pueden servir de dato, antecedente ó comprobante para la historia, tienen verdadera utilidad, siquiera sea relativa y para determinado fin.

El mencionado Doctor, á quien deseo larga vida, me hizo conocer en un precioso folleto por él escrito, las opiniones de tres eminentes críticos que dijeron «lo más útil, lo más trivial, lo más despreciable, encierra tesoros sin cuento y abre nuevos caminos al cultivo de la inteligencia;» «cualquiera que sea la ocupación que el hombre dé á su actividad, si de ella resultan goces á su entendimiento ó á su organismo, sin daño de los demás, y trayendo algún provecho, mayor ó menor, á las ciencias ó á las artes, debe respetarse y aplaudirse» y «que todo género de conocimientos y estudios, aun los que parecen más vanos, dan resultados útiles y á veces sorprendentes.»

A eso me atengo para contestarte—díjole y volvió la espalda el bueno de D. Jesús. Yo callé parodiando en voz baja aquello de

Ahora que los criticones se las entiendan con él.

J. S. N.

La corrida extraordinaria anunciada para ayer, se suspendió por causa del temporal.

Y creemos que la su pensión fué conveniente para todos, teniendo en cuenta lo desapacible del día, la desanimación del Despacho y lo prematuro de la alternativa del diestro *Fabrilo*, apenas conocido en Madrid, ni como espada ni como banderillero, aun cuando en provincias trabaje, según dicen, con éxito.